

# **Populismos y neocolonialismo: Variaciones entre el sacrificio y el progreso en contextos latinoamericanos.**

Miriam Kriger.

Cita:

Miriam Kriger (2019). *Populismos y neocolonialismo: Variaciones entre el sacrificio y el progreso en contextos latinoamericanos*. XXXII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Lima.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-030/538>



## Populismos y neocolonialismo: Variaciones entre el sacrificio y el progreso en contextos latinoamericanos

Dra. Miriam Kriger

### Resumen

Esta ponencia propone una reflexión sobre los populismos latinoamericanos surgidos durante el auge estatal modernizador de mediados del siglo XX y los neopopulismos del siglo XXI, surgidos desde un relato nacional singular que los diferencia políticamente de los populismos europeos. Se retoma el origen profundo de las naciones neocoloniales, ligado al “descubrimiento” y conquista del continente por los europeos y al vaciamiento de su matriz etno-cultural mediante la aniquilación reiterada de sus poblaciones nativas, hasta la actualidad. Se proponen claves histórico-políticas para abordar la génesis distópica de la mirada con la que América Latina se ve a sí misma en sus construcciones hegemónicas, no solo bajo el dominio colonial sino también en las naciones independizadas y las democracias presentes. Finalmente, se propone pensar el populismo y el neopopulismo en América Latina, evaluando los alcances de su potencia liberadora a través de un análisis situado de su singular vinculación con dos grandes matrices narrativas que vertebran su devenir histórico: el dilema civilización/barbarie y la dialéctica sacrificial/autosacrificial en nombre del progreso.

### Palabras claves

Populismo neocolonialismo, sacrificio, progreso, latinoamerica.

### Introducción y fundamentación

En esta ponencia<sup>1</sup> se realiza una reflexión sobre la narrativa de los populismos latinoamericanos surgidos durante el auge estatal modernizador de mediados del siglo XX<sup>2</sup>, proponiendo que ella se vertebra de modo singular, y a diferencia de los populismos europeos, sobre el relato colonialista del origen profundo de estas naciones (Carretero y Kriger, 2011), ligado al “descubrimiento”<sup>3</sup> y conquista del continente por los europeos y a la aniquilación reiterada de sus poblaciones nativas. Nos referimos al relato que se configura como hito subyacente y no siempre explícito de tal origen, ya que en última instancia toda identidad y todo proyecto nacional plantean el problema de los orígenes, en una clave arqueológica (Kriger, 2010). Por tal motivo este tipo de relato suele activar de modo implícito (a diferencia de los de la fundación o independencia estatal, que lo hacen de modo directo) la conexión entre la nación como comunidad de origen y



comunidad de destino (Bauer, 1924), creando las condiciones para postular el *nosotros-protagonista* de la saga identitaria que la política viene a proseguir en el presente.

En América Latina partimos de lo que hoy se plantea como genocidio originario, llevado a cabo en una primera etapa en el marco de la gesta civilizatoria y católica de los siglos XVI y XVII, y reeditada durante las fundaciones estatales-nacionales entre los siglos XVIII y XIX. Se trata de modelos que construyen una historia americana en la cual los propios americanos no son sujetos activos (mucho menos protagonistas), habilitando una y otra vez en nombre del progreso como bandera de la modernización, prácticas de aniquilación, sometimiento o asimilación desigual de las poblaciones indígenas, mestizas y/o criollas (ingeniería moderna mediante). Es decir: hay un relato que retorna a lo largo de cinco siglos, no solo bajo el dominio colonial sino también en las naciones independizadas, en cuyas historias son tan decisivas las guerras a través de las cuales se van marcando las fronteras de los países -con la metrópoli primero y luego con sus vecinos (los “otros externos”)- como los conflictos territoriales entre los incipientes estados y las poblaciones indígenas (los “otros internos”).

### **Desarrollo teórico**

Comencemos entonces por el “descubrimiento”, la conquista y la colonización del “nuevo” continente, donde creemos que efectivamente se produce un encuentro. Pero no entre los pobladores nativos y los recién llegados, sino entre dos procesos centrales de la dinámica más amplia de la modernización occidental, que tiene raíces en Europa, pero cuyas condiciones de posibilidad se terminan de dirimir en estas tierras, entre la conquista y la independencia: el desarrollo del modo de producción capitalista y la configuración del mundo de las naciones. El primero está ligado al aporte sustancial de riqueza generado por las colonias a lo que Marx define como “una acumulación originaria anterior a la acumulación capitalista, una acumulación que no es resultado, sino punto de partida del régimen capitalista de producción” (Marx, 1873/1998: 654.). Esta responde a la necesidad de concentrar grandes riquezas en pocas manos, lo cual dentro de Europa genera la quiebra de los campesinos y la expropiación de la propiedad rural (que el mismo autor estudia en detalle a través del caso de los cercamientos de las tierras comunales en Inglaterra), y en las colonias se vincula con el saqueo a gran escala de recursos, como en los yacimientos de oro y plata de América.

En ambos casos, el proceso implica unos niveles brutales de violencia –un adelanto tal vez de la “barbarie de la civilización” (Adorno y Horkheimer, 1947) que seguirá



desplegándose con el progreso técnico hasta la Shoah y el ataque nuclear a Hiroshima<sup>4</sup> - que Marx describe sin eufemismos: “Si el dinero, como dice Augier, viene al mundo con manchas de sangre en una mejilla, el capital lo hace chorreando sangre y lodo, por todos los poros, desde la cabeza hasta los pies” (Marx, 1873/1998: 950). El segundo es el proceso de globalidad -que devendrá en franca globalización en el último tercio del siglo XX - acelerado por la expansión de Europa hacia un mundo que amplía sus fronteras más allá de las colonias de Asia y África, para delinear lo que Gellner (1983) llama “el primer huso del nacionalismo”, ubicado sobre la costa atlántica y mirando a América. Podemos decir que allí – en y entre ambos márgenes del océano- tiene lugar la construcción histórica del “mundo de las naciones” (Hobsbawm, 1990), surgido de la singular fusión entre dos idearios europeos antagónicos (aunque su tensión solo se hará crítica a mediados de siglo XX)<sup>5</sup>: el de la ilustración galocéntrica que erige al estado republicano, y el del romanticismo germano que crea a la nación teleológica (Carretero, 2007; Carretero y Kriger, 2004).

Capitalismo y nacionalismo son entonces los vectores de un acceso a la modernidad que en el escenario iberoamericano tiene formas y desarrollos específicos, diferentes de los de la metrópoli, pero nunca independientes ni ajenos a ella. Martín Barbero (1987) los reinterpreta en el marco de una discontinuidad simultánea que se expresa en diversos planos, planteando un desacomodamiento (destiempo, desvío) de los itinerarios locales respecto del modelo europeo; pero sobre todo nos da indicios para comprender la génesis de la propia mirada distópica con la que América Latina se ve a sí misma al forjar su historia y su lugar en el mundo. Una mirada donde lo popular puede ser tanto foco como escotoma, y aquí es precisamente donde los populismos encontrarán su impronta liberadora y reivindicatoria.

Ahora bien: dado que los primeros pobladores del continente son los indígenas. mientras que quienes fundan los proyectos estatales nacionales son europeos o hijos de europeos (por sangre o elección) regidos por un ideal de civilización que ve en los nativos la condición de barbarie a destruir o superar; la nación esencial ya no puede remitir, como en el nacionalismo romántico europeo, al motivo del “despertar de los pueblos” (*Volkheit*), según el cual: “las comunidades lingüísticas y culturales de los pueblos, tras madurar silenciosamente durante los siglos, surgen del mundo de la existencia pasiva como pueblos y adquieren conciencia de sí mismos como fuerzas con un destino histórico...”<sup>6</sup> (Renner, cit. en Hobsbawm, 1990: 111). A diferencia de él, el nacionalismo en clave americana debe acondicionar el imaginario de lo popular,



teniendo en cuenta que una escisión constitutiva compone el drama identitario y político de sus países, incluso en aquellos casos donde la nación se imagina como mestiza (México, Perú - folklorización e hibridización mediante-) pero desde una hegemonía hispanista y católica, y de modo mucho más evidente en el cono sur, en especial en Argentina donde la “mejora de la raza” configuró el proyecto sarmientino de eugenismo social al que contribuyeron las olas migratorias europeas y su impacto en las urbes, así como la auto-representación de una geografía que compone la imagen de un país de clima templado, “ideal para poblaciones blancas y europeas” (Romero et al, 2004: 123)<sup>7</sup>.

Se configura entonces, con mayor o menor fuerza y con modalidades propias para cada nación, una adecuación en clave colonial del motivo romántico europeo del “despertar de las naciones”, donde la esencia no remitirá ya a la matriz etnocultural dormida, sino que se desplaza al territorio: “primer y principal elemento unificador que garantiza la existencia material de la nación en el pasado” (Romero et al, 2004:110), de modo tal que la identidad nacional “parece preceder a la formación institucional del estado y a la definición étnica y cultural de la nacionalidad, y aparece, por esa razón, como un atributo del territorio antes que de la población” (Romero et al, 2004:111).

En Argentina estos rasgos se acentúan -no causalmente es aquí donde más tarde el populismo adquiere una potencia y un desarrollo emblemático con el peronismo- y el vacío de “pueblo” se convierte paradójicamente en el sólido espacio sobre el cual se acondiciona la fundación territorial requerida por un estado moderno, a través de la conocida Conquista del Desierto<sup>8</sup>. Eficazmente se logra inventar con ella “una nación para el desierto argentino” (Halperin Donghi, 1982), que, no obstante, deja ausente la figura originaria que, aunque *a posteriori* buscará reemplazar con otras figuras telúricas, nunca logrará suplir su densidad histórica<sup>9</sup>. De modo que hay una negación del “nosotros” originario que consideramos sintomática respecto de una violencia histórica no resuelta, que pone en evidencia el carácter “inventado” y la insustancialidad de un *folk* sin *volk*, con un repertorio desencarnado.

Pero acaso la mayor dificultad para llenar ese vacío identitario se deba a que, pese a todo, los nativos conservan un rol crucial en la Gran Narrativa (Alridge, 2006)<sup>10</sup> oficial: el de ser sujetos de un destino que exigió su sacrificio, no vano sino necesario para que la nación devenga en estado, expresión culmine del triunfo de la civilización sobre la barbarie. En esta lógica, si bien lo indígena queda históricamente relegado por fuera del estado<sup>11</sup>, en un plano implícito está profundamente anclado a la tragedia que funda la



comunidad, postulando una dialéctica sacrificial y autosacrificial (Espósito, 2003), en nombre del progreso y/o de la civilización.

Desde la transformación por vía cultural hasta el genocidio, hay diferentes modos en el continente de calificar y valorar este sacrificio en el que parece ser que la comunidad se funda, pero en todos los casos los pueblos originarios son los sujetos erigidos como objeto del mismo. Ellos son parte de la categoría que Todorov define como “otro en uno mismo” (Todorov, 1992: 259), que históricamente se relaciona con la obliteración de la extrañeza del mundo exterior a través de la expansión colonial<sup>12</sup>; y las historias nacionales toman de allí una secuencia argumental que marca su ritmo: la forma de genocidio-progreso en las más diversas variaciones, pero enmarcada siempre en el darwinismo social (que legitima la violencia primera).

Con fatalidad, pero sin culpa, el sacrificio se actualiza y resignifica con cada refundación para volver a asegurar el avance histórico en el marco de un conflictivo proceso de modernización, pese a todo en nombre del bien común y del triunfo inacabado –se trata siempre de una batalla más- de la civilización sobre la barbarie. Porque Civilización o Barbarie es –parafraseando a Svampa (2006)- “el dilema argentino”, pero también el dilema iberoamericano: la dicotomía que funda sus historias divididas y que radicaliza la ininteligibilidad de lo popular en su acepción plural y subalterna –la de la multitud (Virno, 2004)- en la figura salvaje de lo que podemos llamar la *multitud- indígena*, a tal punto inasimilable que la tierra que habita es considerada “desierto” a conquistar (por el *hombre*).

Ese dilema opera como matriz histórico-política, que se desplaza y reacondiciona el imaginario de la masa por fuera de lo popular, una vez legitimado como tal. Porque los indígenas no son destruidos sino desposeídos de todos sus bienes y transformados – sin tierras, sin identidad, sin cultura, sin humanidad- en pura fuerza bruta y viva de individuos parias, mano de obra barata, allí donde una mezcla de perversa modernización con democratización restrictivas se llevará adelante –con resistencias complejas y enriquecidas también por inmigraciones europeas mechadas con los elementos anarquistas y revolucionarios<sup>13</sup> menos bienvenidos y deseables de las inmigraciones europeas, y con brutal represión estatal mediante- sobre ciudadanías francamente deficitarias (Ruiz Silva, 2007), étnicamente segregadas y –aún así- siempre inquietantes en el paisaje político. Con este trasfondo, en sus diversas variaciones y haciendo extensivas a otros casos las palabras dedicadas al primer



peronismo en Argentina, tal vez la potencia singular del populismo latinoamericano radique en su apuesta por lograr una “vehiculización del fantasma de la barbarie” (Svampa, 2006: 283), nacido a su vez de la costilla monstruosa de la civilización y el progreso. Una vehiculización que permite la entrada de esos sujetos a la modernización en clave industrial del siglo XX, no con el reconocimiento histórico de sus identidades originarias sino en clave nacional.

¿Pero podríamos pensar a “la barbarie” como fantasma, a la manera en que Rinesi piensa al “hombre solo” como caricatura? Se trata –nos dice- de una figura residual y decisiva desde Hobbes, que tiene una función “arquitectónica” en tanto “la sociedad se construye “a partir de él, en la medida en que logra dejarlo atrás”, y una función “agonal”, porque la sociedad “se construye en contra de él, en la medida en que logra dejarlo afuera” (Rinesi, 2013 17). Dejar atrás la barbarie, dejarla afuera, son premisas de partida y llegada para la fundación del proyecto estatal decimonónico, que el populismo del siglo XX interroga e invierte al poner por delante y traer adentro de un proyecto estatal y modernizador. Allí radica la potencia de su salto y tal vez su techo: porque no es contra sino desde la propia idea de progreso que el populismo construye su apuesta, que reivindica sin emancipar, y que no es contra el estado sino desde él. A su vez –y trasponiendo lo que dice Rinesi sobre el “hombre solo”- la barbarie podría ser “la célula base de la sociedad” y también “el andarivel que conduce de la figura del enemigo del pueblo a la del chivo expiatorio de sus males” (Rinesi, 2013 17). En esta línea, el etnocidio americano nos coloca insistentemente frente a la soledad como condición básica de la fundación. La barbarie equiparada al desierto es la plataforma de lanzamiento la civilización, y al mismo tiempo la imagen que persiste como amenaza constitutiva que –a veces visible, otras agazapada- cierne su sombra sobre el proyecto blanco. La figura del hombre solo es aquí desplazada por el fantasma –mucho más violento, pero más domesticable y/o aniquilable- del indio, que deviene en sujeto de la clase trabajadora, sin identidad cultural ni comunidad, pero portando los rasgos de su etnia de origen (“cabecitas negras”). Porque precisamente allí donde el dilema Civilización o Barbarie<sup>14</sup> organiza la tragedia política en que se zanja ya no el *telos* sino la historia y el por-venir político de los llamados “proyectos comunes”, es donde la alteridad radical del bárbaro- indígena se reacondiciona en la figura igualmente disruptiva de la multitud, de los trabajadores, de los múltiples sujetos de lo subalterno y de la masa informe que a mediados del siglo XX toma la forma de “pueblo” interpelada por el populismo en la inédita clave de lo nacional, pero que no convoca a la guerra sino al trabajo.



Tal entrada de la base popular (salvaje y rural) al espacio ciudadano (civilizado y urbano) es visceralmente repelida, por razones idiosincrásicas, clasistas y étnicas, incluso en la Argentina donde durante casi todo el siglo XX se crea y se enseña en las escuelas el mito de que en este país ya no hay indígenas, mientras la relación entre rasgos étnicos y clase social resulta evidente, no solo en las minas, en el campo y en las fábricas, sino incluso en las casas de familia<sup>15</sup>. La expresión pública más vehemente al respecto fue título del diario La Nación el 18 de octubre de 1945, describiendo con el nombre de “aluvión zoológico” a quienes el día anterior habían llegado a la Plaza de Mayo desde muy diversos rincones del país para pedir que excarcelen a Perón, y con el fin de refrescarse del intenso calor de la ciudad – decía el periódico- “metieron las patas” en las fuentes de agua ubicadas frente a la Casa de Gobierno. La brutal imagen de un “aluvión zoológico” supera incluso el viejo horror al malón, porque coloca por fuera de lo humano a hombres y mujeres provenientes de sectores populares a quienes el peronismo convoca y que Evita, yendo más lejos, abraza cuando dice: “mis descamisados”.

El populismo como narrativa integra estas tensiones sin catalizarlas -por el contrario, extrayendo de ellas sus fuerzas y cimentando allí su potencia - a través de un esquema que se apoya en la imagen virtual del pueblo sacrificado, pero que encarna en el cuerpo actual de pueblo de los explotados e ignorados hasta ese momento por la historia oficial. Los enlaza y reconvierte en un nuevo colectivo popular que se refunda como matriz de una nación más inclusiva, y un estado que los llama a participar de un “proyecto histórico” que -por fuera del relato de la lucha de clases y del indigenismo, y desde adentro de la saga de esa misma nación que los había relegado- asume a partir de entonces y hasta hoy el cada vez más trágico desafío de integrar las epifanías de la resurrección con los epitafios del progreso.

## Notas

<sup>1</sup>Este trabajo cuenta con el aval del Proyecto PICT 2017-066, dirigido por la Dra Kriger en el CIS-CONICET

<sup>2</sup>En este periodo: Argentina, Brasil, Guatemala, Bolivia. Para ampliar y revisar antecedentes y comparaciones con otros contextos regionales, véase: Buchrucker, Muñoz y Sánchez, 2015. En gran medida, los populismos fueron reeditados en los llamados neopopulismos durante los primeros quince años del nuevo milenio, tras las agudas crisis dejadas por el predominio neoliberal a fines del siglo XX.



<sup>3</sup>Usamos aquí el término “descubrimiento” para referirnos a la llegada de los europeos a América en el siglo XV, porque es el que representa la tematización oficial de los estados nacionales del siglo XIX. Posteriormente, y en particular en el último tercio del siglo XX, la historiografía polemiza y cuestiona esta tematización, proponiendo otras como la de “el choque” o “el encuentro” de culturas. Véase para ampliar: Carretero et al, 1994; y Carretero y Kriger, 2008.

<sup>4</sup>Nos referimos a los genocidios del siglo XX, que tienen la singularidad de poner por primera vez en evidencia la derrota del proyecto moderno humanista en lo referido al ideal de progreso histórico, pero al mismo tiempo demuestran el triunfo colosal del progreso técnico (aunque con una significativa digresión: ya no al servicio de la historia imaginada por el positivismo sino del dominio y la destrucción). En este sentido, Adorno y Horkheimer (1947) postularon ya no el fracaso de la historia sino su disolución en un fiasco histórico, expresado en la “autodestrucción de la Ilustración”

<sup>5</sup>Sobre este punto en particular, véase Carretero, 2007, que analiza la contradicción entre estos idearios en distintos contextos y en relación con la enseñanza de la historia y las narrativas escolares.

<sup>6</sup>Renner, K. Staat und Nation, p. 89. Cit. por Hobsbawm, 1990: 111.

<sup>7</sup>En una segunda etapa, este proyecto de eugenismo devino en proyecto de homogeneización y disolución de las diferencias, cristalizado en el mito del crisol de razas o “melting pot criollo” (Grimson, 1999), en suma: en la visión de una argentinidad que se constituye en la “apoteosis de la inmigración europea” (op.cit) del siglo XIX y mediados del XX, pero rechaza y “no incluye a los inmigrantes contemporáneos como co-protagonistas del progreso de la nación ” (op.cit).

<sup>8</sup>La “Conquista del desierto” es el nombre de la campaña militar comandada por el Gral. Roca a finales del siglo XIX y que cumplió su objetivo de acabar con los dominios indígenas e incorporar sus tierras al territorio del estado nacional. Sobre el proceso de ocupación del estado nacional de las tierras

<sup>9</sup>En Argentina, entre los intentos más conocidos para componer esta figura podemos mencionar la construcción oficial del gaucho y del “estilo criollo” desde lo popular.

<sup>10</sup>Alridge (2013) utiliza el término de Master Narrative, que hemos traducido como Gran Narrativa.

<sup>11</sup>J. L. Romero explica esta escisión originaria a partir de la dinámica colonial y del contraste entre las ciudades “ideológicas” y las áreas rurales, siendo las primeras el ámbito dinámico del progreso histórico, europeas y centro del estado donde se concebirían los proyectos nacionales; y las segundas, el ámbito estable y por fuera de



la Historia, “inerte y amorfo” (Romero, 2001: 13) habitado por los indígenas, considerado tierra “vacía”, “culturalmente vacía” (op.cit.: 12).

<sup>12</sup>El “otro interno” de España para este autor son los moros y judíos, expulsados en el mismo momento en que se descubre América. patagónicas expropiadas a lo indios, véase: Delrío (2005).

<sup>13</sup>Véase al respecto: Bayer (1970, 1975) La idea de “barbarie” en la matriz narrativa de las naciones americanas se asemeja tanto a este contra-fáctico “hombre solo” europeo, que una de sus imágenes más contundentes– dominantes en la historia argentina y que hemos mencionado más arriba varias veces- es el desierto.

<sup>14</sup>Este dilema es planteado en Argentina por Sarmiento (ampliar en Svampa, 2006), quien concibe al proyecto político como proyecto pedagógico civilizatorio, al extremo de la eugenesia social, y que toma como modelo a EEUU. Desde su obra, nos dicen Devoto y Madero: “la educación pública se conceptualiza como el medio que permite alcanzar un doble objetivo. Por un lado, la adquisición del conocimiento y el desarrollo de la cultura civilizada como patrimonio universal. Y por otro, la concepción y utilización de la educación pública como medio para promover los valores propios de la nacionalidad, comprometida así en la construcción de un sujeto social y moral: el niño argentino” (Devoto y Madero, 1999: 144).

<sup>15</sup>Hacemos referencia a un resabio colonial de la servidumbre doméstica en las ciudades del Virreinato del Río de la Plata, que luego devino en la usual presencia de servicio doméstico en condiciones laborales muy precarias, con personal proveniente de las provincias y de países vecinos, en general muy pobres y de edades muy tempranas (incluso menores).

### Referencias bibliográficas

Adorno, T. y Horkheimer, M. (1947): *Dialéctica de la ilustración*. Fragmentos filosóficos. Madrid: Trotta, 2001.

Alridge, D. (2006) *The Limits of Master Narratives in History Textbooks: An Analysis of Representations of Martin Luther King, Jr.* En *Teachers College Record*, vol. 108 (4), pp. 662–686.

Bauer, O. (1924), en Löwy, M. (1998): *¿Patrias o planetas? Nacionalismos e internacionalismos*. De Marx a nuestros días. Rosario: Homo Sapiens.

Bayer, O. (1970). *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*. Buenos Aires: Galerna. -Bayer, O. (1975). *Los anarquistas expropiadores y otros ensayos*. Buenos Aires: Galerna



Buchrucker, C.; Carrizo de Muñoz, C. y Sánchez, N. (2015). El eterno retorno de los populismos: Un panorama mundial, latinoamericano y argentino. Buenos Aires: Prometeo.

Carretero, M. (2007). Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global. Buenos Aires: Paidós.

Carretero, M., Jacott, L., Limón, M., Lopez-Manjón, A., y León, J. (1994) "Historical Knowledge: Cognitive and Instructional Implications." En M. Carretero y J. F. Voss (Eds.) (1994). Cognitive and Instructional Processes in History and the Social Sciences. Nueva Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.

Carretero, M. y Kriger, M. (2004). "¿Forjar patriotas o educar cosmopolitas? El pasado y el presente de la historia escolar en un mundo global". En: Carretero, M. y Voss, J. (2005): Aprender y enseñar la historia. Buenos Aires: Amorrortu.

Carretero, M. y Kriger, M. (2008). "Historia escolar e identidad nacional: Un estudio empírico acerca de las representaciones históricas de niños y adolescentes sobre la llegada de Colón a América". En revista Cultura y Educación. Madrid: Infancia y Aprendizaje.

Carretero, M. y Kriger, M. (2011). "History teaching and the common origin: How students in the American continent think about the "nation's awakening". Culture and Psychology, 17 (2), 87-105.

Delrío, W. (2005). Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia, 1872- 1943. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes. - Devoto, F. y Madero, M. (comps) (1999): "Historias de la vida privada en la Argentina" (vol. II). Buenos Aires, Taurus.

Espósito, R. (2003). Comunitas. Origen y destino de la comunidad. Amorrortu: Buenos Aires.

Gellner, E. (1983). Nations and Nationalism. Oxford, Blackwell. - Grimson, A (1999). Relatos de la diferencia y la igualdad: los bolivianos en Buenos Aires. Buenos Aires: Eudeba-Felafacs.

Halperin Donghi, T. (1982): Una nación para el desierto argentino, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Kruger, M. (2010). Jóvenes de escarapelas tomar: Escolaridad, enseñanza de la historia y formación política en la Argentina post-2001. La Plata: Editorial Universidad de La Plata.



Kruger, M. (2014). "Politización juvenil en las naciones contemporáneas. El caso argentino. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud", 12 (2), p. 583-596.

Martín Barbero, J. (1987): De los medios a las mediaciones: comunicación, cultura y hegemonía. Santa Fe de Bogotá, Convenio Andrés Bello.

Renner, K. (1899). Staat und Nation. En p. 89. Cit. Hobsbawm, E. (1990): Naciones y Nacionalismo desde 1780. Barcelona: Crítica.

Rinesi, E. (2013). Las máscaras de Jano. Buenos Aires: Gorla.

Romero L.A. (coord), Sabato H., De Privitellio L, Quintero, S. (2004). La Argentina en la escuela. La idea de nación en los textos escolares. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ruiz-Silva, A. (2007) ¿Ciudadanía por defecto? Relatos de la Civilidad en América Latina. En Schujman, G. Siede, I. (comps) Ciudadanía para armar. Aportes para la Formación Ética y Política. (pp. 89-110) Buenos Aires: Aique.

Svampa, M. (2006). El dilema argentino: Civilización o barbarie. Buenos Aires: Taurus.

-Todorov, T. (1982). La Conquista de América: el problema del otro. México: Fondo de Cultura Económica, 1995.

Virno, P. (2003). Gramática de la multitud: para un análisis de las formas de vida contemporáneas. Colihue: Buenos Aires.